



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras" **Del 5 de octubre de 2022 al 8 de enero de 2023**

Vestíbulo de la Biblioteca Nacional de España (BNE)

TEXTO DE INTRODUCCIÓN. PRIMER MÓDULO EXPOSITIVO

Don Íñigo López de Mendoza (Carrión de los Condes, Palencia, 1398-Guadalajara, 1458) representa el paradigma del noble castellano poderoso y culto, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento. Involucrado a fondo en la compleja política de la primera mitad del siglo XV, jugó un papel destacado en las intrigas de los distintos bandos que se disputaban el poder, siempre con éxito, lo que le permitió reunir y afianzar un formidable patrimonio y finalmente lograr el reconocimiento del rey Juan II de Castilla, que le concedió en 1445 el marquesado de Santillana. Pero su activa vida política y militar no le impidió dedicarse también con gran aprovechamiento a la lectura y a la escritura.

Al igual que otros grandes de su tiempo, como Enrique de Villena, el conde de Haro, el conde de Benavente o el propio rey Juan II, quiso rodearse de buenos y bellos libros (todos ellos manuscritos, ya que murió antes de que se difundieran los primeros productos de la imprenta). La bibliofilia de los nobles, relativamente infrecuente en un momento en el que los libros eran todavía patrimonio casi exclusivo de los eclesiásticos, se empezaba a considerar un signo de riqueza, distinción y modernidad, y otorgaba un prestigio especial a quienes la practicaban. Con este ánimo, nuestro personaje fue formando en su palacio de Guadalajara la que llegaría a ser la biblioteca peninsular seglar más rica de la época, según testimonios de sus contemporáneos.

No sabemos cuántos ejemplares llegó a poseer, pues desgraciadamente en su testamento ordenó que todos excepto cien fueran vendidos para saldar deudas y para obras piadosas. A estos cien volúmenes escogidos por sus herederos, los duques del Infantado, sus descendientes, fueron añadiendo posteriormente más y más libros, y en 1841, cuando el ducado del Infantado se unió a la casa de Osuna, esta otra importantísima biblioteca ducal se agregó a la primitiva. Muerto en la ruina don Mariano Téllez-Girón, XII duque de Osuna y XV duque del Infantado, en 1882, el Estado adquirió la biblioteca completa, que en su mayor parte (incluyendo todos los manuscritos) se integraría en 1886 en la Biblioteca Nacional.

Los códices que han sobrevivido de la biblioteca original del Marqués —según las últimas investigaciones, unos setenta y seis incluyendo seguros y probables, de los cuales todos ellos, menos diez, se encuentran en la Biblioteca Nacional de España— son indudablemente un tesoro, tanto desde los puntos de vista textual y artístico como por mostrar los intereses de un personaje principal de la Castilla del siglo XV.



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras"

Esta muestra, complementaria de la que al mismo tiempo se expone en el Museo Nacional del Prado, sigue la idea original de los tristemente fallecidos Javier Docampo y Fernando Villaseñor. En ella se exhiben catorce manuscritos: once de los códices más notables de su biblioteca y tres que contienen obras literarias del Marqués en copias del siglo XV.

TEXTO DE INTRODUCCIÓN. SEGUNDO MÓDULO EXPOSITIVO

El Marqués afirmaba en sus *Proverbios*: «La sçiençia non embota el fierro de la lança ni faze floxa la espada en la mano del caballero», y él mismo siguió el modelo clásico del *eques* que combinaba la *fortitudo* con la *sapientia*, y que más tarde escogerían también Garcilaso de la Vega y, en Italia, Baldassarre Castiglione.

El yelmo o celada (descrito por algún erudito del siglo XIX como «capacete con barboquejo»), pieza de la armadura que utilizaba como emblema en la decoración de sus libros, da idea de la personalidad del Marqués, ilustrando gráficamente esta combinación de armas y letras que fue su ideal de vida. Las armas y las intrigas cortesanas le hicieron ganar poder y riquezas, las cuales a su vez le permitieron cultivar una afición que le proporcionó un inmenso prestigio entre sus contemporáneos: coleccionar y leer libros de lujo.

Con la ayuda de un selecto grupo de literatos y eruditos de su círculo, el Marqués consiguió hacerse con lo más notable del saber de la época. Junto a obras procedentes del ámbito hispano atesoró numerosos frutos de la actividad humanística llegados de Italia: clásicos griegos y latinos rescatados, y modernos autores italianos. Pero, siguiendo la línea del llamado «humanismo vernáculo» en el que se movían los nobles castellanos, el Marqués prefería leerlos en su lengua: no se manejaba con soltura en latín y aunque conocía bien el catalán, el francés y el italiano, le gustaba en cualquier caso contar con buenas traducciones al castellano.

Por ello, además de adquirir copias ya existentes y encargar otras al librero y humanista florentino Vespasiano da Bisticci, don Íñigo quiso disponer de un *scriptorium* propio en el que mandó traducir y copiar especialmente para él las obras que más le interesaban. En esas tareas participaron diferentes letrados adscritos a su casa, muchos de ellos judeoconvertos; pero también tradujeron para él su hijo Pedro, futuro Gran Cardenal (la *Ilíada* de Homero) y su admirado Enrique de Villena (la *Commedia* de Dante).

Además, para decorar sus manuscritos contó con al menos tres miniaturistas, alguno probablemente discípulo del maestro Jorge Inglés, uno de los introductores del arte flamenco en Castilla. Y tenía también a su servicio a encuadernadores andalusíes,



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras"

concedores del repujado de la piel, que revistieron sus libros con magníficas encuadernaciones de estilo mudéjar, en piel sobre tabla.

Don Íñigo dedicaba muchas horas a la lectura de estos volúmenes, que le proporcionaron un sólido bagaje cultural a la hora de escribir sus propias obras. El Marqués, gracias al poso que le dejaron estas lecturas, sobre todo las de los clásicos y las de los humanistas italianos, consiguió forjar una obra literaria que está considerada, junto con las de Juan de Mena y Jorge Manrique, como una de las cumbres del prerrenacimiento castellano.

Antesala del Salón de Lectura María Moliner

SECCIÓN 1: LA TRADICIÓN HISPANA

La biblioteca incluía numerosas obras procedentes del ámbito hispano. El Marqués mandó copiar e iluminar en su palacio de Guadalajara, a mediados del siglo XV, dos obras de Alfonso X el Sabio compuestas en el último tercio del siglo XIII: la *Grande e General Estoria* y la *Estoria de España*; pero si nos referimos a manuscritos originales, los más antiguos que han llegado hasta nosotros son el *Libro de Alexandre*, de finales del siglo XIII (un poema que narra hechos históricos y legendarios sobre Alejandro Magno, escrito en cuaderna vía por un clérigo leonés), y la *Historia Gothica* de Rodrigo Jiménez de Rada, el Toledano, de principios del siglo XIV.

Además, el Marqués poseía siete de los libros que Juan Fernández de Heredia, gran maestro de la Orden de San Juan de Jerusalén, ordenó componer en su *scriptorium* de Aviñón, en época de los antipapas Clemente VII y Benedicto XIII (1382-1396). Son grandes libros de lujo escritos en aragonés o traducidos a esta lengua, principalmente crónicas castellanas y clásicos grecolatinos, copiados en gótica redonda libraria, en pergamino de gran calidad, e iluminados con bellas miniaturas. Algunos de estos códices fueron enviados a los reyes de Aragón Pedro IV y su hijo Juan I, y figuraban en el *Inventario de bienes que mandó hacer la reina Margarita*, viuda del rey Martín el Humano, en 1410. Es probable que la reina, para solventar sus graves dificultades económicas, vendiese a don Íñigo los valiosos manuscritos de Heredia, ya que nuestro personaje, muy ligado en su juventud a los monarcas aragoneses de la nueva dinastía Trastámara, acudió en varias ocasiones a Barcelona, donde participó en la corte literaria que hasta 1420 mantuvo la reina viuda Margarita, a la que profesaba gran admiración. Si fue así, estos libros, junto con otros adquiridos en su etapa aragonesa, formarían el núcleo inicial de su biblioteca.

Otros libros escritos y copiados en la Península y atesorados por el Marqués son la traducción castellana de los *Evangelios* por Martín de Lucena, la *Natura angelica* del catalán Francesc de Eiximenis —también traducida al castellano—, las *Alabanzas de España* de Juan Gil de



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras"

Zamora, las *Coplas* de Juan de Mena, la traducción castellana de la *Guía de perplejos* del sabio judeoespañol Maimónides, así como varias crónicas castellanas.

SECCIÓN 2: LAS ENCUADERNACIONES

La ejecución de los libros del Marqués, que se iniciaba en algunos casos con la traducción y proseguía con la copia e iluminación, culminaba con la encuadernación de los volúmenes en piel sobre tabla. Don Íñigo contaba con artistas encuadernadores a su servicio, probablemente de origen andalusí, conocedores a la perfección del trabajo del cordobán y del gofrado con decoración de lacería y con hierros sueltos, los llamados «hierros de cordelillo» de rayado diagonal típicos de la encuadernación mudéjar.

Desgraciadamente son muy pocas las encuadernaciones originales de la biblioteca del Marqués que han sobrevivido hasta nuestros días: solo unas diez, debido a la costumbre de los sucesivos poseedores de reencuadernar los volúmenes, sobre todo en la época del último poseedor, don Mariano Téllez Girón, XII duque de Osuna y XV duque del Infantado, que mandó reencuadernar con sus armas e iniciales al menos catorce volúmenes de la antigua biblioteca de don Íñigo.

En varias de las encuadernaciones originales, el Marqués quiso que apareciera su escudo y/o su emblema —el yelmo o celada—, para que quedara bien patente la pertenencia a su biblioteca. Otras piezas se encuadernaban también en estilo mudéjar, pero carecen de signos de identificación.

En algunos casos, se trata de obras copiadas e iluminadas para él, pero también encargaba que se le reencuadernaran volúmenes adquiridos, como es el caso de el *Arbre des batailles* de Honoré Bovet, que había pertenecido anteriormente a una familia francesa; el de los *Discursos* de Tucídides, compuesto en el taller aviñonés de Fernández de Heredia y que formó parte de la biblioteca de los reyes de Aragón, o la *Historia Gothica* del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada.

Por último, tenemos dos volúmenes que pertenecieron al Marqués, pero que fueron reencuadernados por encargo de su hijo Pedro González de Mendoza, el Gran Cardenal, con la cruz potenziada, emblema que este personaje empezó a utilizar a partir de 1478, cuando fue nombrado cardenal de la Santa Cruz en Jerusalén.



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras"

SECCIÓN 3: EL HUMANISMO ITALIANO

La principal aportación de don Íñigo a las letras españolas fue la introducción en la Península del espíritu humanista italiano, mediante la adquisición, traducción y copia de las obras de sus principales representantes y de los clásicos grecolatinos rescatados del olvido por estos personajes.

El Marqués mantuvo estrecho contacto con algunos castellanos que por sus estancias en Italia tuvieron el privilegio de conocer directamente a humanistas de primera fila. Es el caso del obispo de Burgos Alfonso de Cartagena, que residió algunos años en Roma; así como de Íñigo (o Enyego) López Dávalos, amigo y pariente del Marqués (era nieto de Catalina de Mendoza), que fue camarlengo del duque de Milán y del rey Alfonso el Magnánimo, y poseedor de la segunda mayor biblioteca del sur de Italia. Dávalos envió al Marqués varios manuscritos producidos en Nápoles y en Milán, entre ellos las *Historias* de Polibio y, probablemente, la *Ilíada* traducida al latín por Pier Candido Decembrio.

Pero la figura más relevante para la formación de la biblioteca de don Íñigo fue la del mecenas y bibliófilo cordobés Nuño de Guzmán, pariente político suyo por el matrimonio de su hija María de Mendoza con Per Afán de Ribera III, hijo de Constanza de Guzmán. Nuño residió varios años en Florencia, donde trabó amistad con humanistas como Gianozzo Manetti o Leonardo Bruni, y encargó libros para el Marqués a la *bottega* florentina de Vespasiano de Bisticci: se conocen al menos doce códices producidos especialmente para D. Íñigo en este taller, en escritura humanística y con bellísimas ornamentaciones debidas a miniaturistas de primera fila, como Francesco di Antonio del Chierico, Giovanni Varnucci, el Maestro de la Farsalia Trivulziana, y el llamado Maestro del marqués de Santillana. La mayoría de estos manuscritos llevan los signos de posesión del Marqués: el emblema — los yelmos— y el escudo con la divisa «Ave Maria Gratia Plena» —asociada desde la Batalla del Salado a la familia Lasso de la Vega a la que pertenecía la madre del Marqués, Leonor de la Vega—, así como la divisa personal de don Íñigo «Dios e vos» donde «vos» es también la Virgen María.

Gracias a estos envíos desde Italia, el Marqués pudo disponer de las obras de Dante, Petrarca, Boccaccio, Leonardo Bruni o Mateo Palmieri, así como de traducciones al italiano de Homero, Aristóteles, Polibio, César, Tito Livio, Cicerón, Lucano, Séneca, Valerio Máximo y otros clásicos.



Exposición: "El marqués de Santillana. Imágenes y letras"

SECCIÓN 4: EL MARQUÉS, AUTOR LITERARIO

El marqués de Santillana fue uno de los principales representantes del protohumanismo castellano. En su dedicación a las letras influyó notablemente su vinculación a la Corona de Aragón, donde residió en su juventud desde que en 1413 fue nombrado copero mayor del príncipe de Gerona, futuro Alfonso el Magnánimo. Allí conoció al culto escritor Enrique de Villena, al que desde entonces y durante toda su vida profesó gran amistad y admiración, y además pudo participar en la corte literaria de la reina viuda Margarita de Prades, donde frecuentó a poetas catalanes como Ausiàs March o Jordi de Sant Jordi. Más adelante, ya establecido en Guadalajara, mantuvo una gran cercanía con escritores castellanos nobles como Fernán Pérez de Guzmán, Juan de Lucena, Juan de Mena o Gómez Manrique.

Para desarrollar su temprana vocación se nutrió de lecturas de clásicos y de autores italianos presentes en su biblioteca, que le proporcionaron un rico sustrato cultural y le inspiraron el deseo de emular estas creaciones tomándolas como modelo para sus propias obras literarias.

Así llegó a ser autor de una extensa y valiosa obra poética, en la que cultivó distintos géneros y formas: sonetos «al itálico modo», serranillas, canciones líricas, poemas dialogados, *dezires* narrativos y proverbios. Y en prosa compuso el interesante *Prohemio e carta al Condestable de Portugal*, en el que por primera vez se aborda una breve historia de la literatura en las distintas lenguas romances.

Desafortunadamente ninguna de estas obras se conserva entre las que nos han llegado procedentes de su biblioteca. Es muy probable que las copias que sin duda poseyó las regalase a amigos y parientes, como sucedió con el *Cancionero* que envió a su sobrino Gómez Manrique, y que actualmente se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Salamanca.

Para esta exposición hemos escogido poemas que aparecen en tres volúmenes manuscritos de la segunda mitad del siglo XV conservados en la Biblioteca Nacional de España: el diálogo *Bías contra Fortuna*, los *Proverbios*, al comienzo del *Cancionero de Barrantes*, y el *dezir* narrativo *Infierno de los enamorados*, incluido en el magnífico *Cancionero de Stúñiga*, que reúne versos de numerosos poetas castellanos y aragoneses de la primera mitad del siglo y fue realizado en Nápoles hacia 1460 para el rey Ferrante, hijo de Alfonso el Magnánimo.

Autor: Biblioteca Nacional de España

Departamento: Área de Exposiciones y Museo

Versión: 01

Fecha: 05/10/2022